
FRAGANCIA DE SERES, PAISAJES Y COSAS

Seguir transcribiendo pasajes parecidos de la obra mironiana resultaría ya fatigoso, así como también lo sería recoger aquí muestras expresivas—bien conocidas de todo lector de Miró y muy comentadas ya—de cómo la sensualidad del narrador le lleva a no perdonar ningún efecto visual, auditivo, táctil y aun olfativo. Un personaje mironiano—de los más conocidos y convencionales—, el don Magín de *Nuestro Padre San Daniel* y *El Obispo leproso*, es un virtuoso de los olores. Este buen sacerdote percibe el mundo hecho fragancias, y es su delicado olfato el que más placenteras sensaciones le produce. Miró debió poner mucho de sí mismo en esa afición de don Magín. De ahí que me parezca oír al propio autor, hablando por boca del sacerdote, cuando éste, al hundir su rostro en las

«carnales blancuras» de unas «magnolias húmedas», exclama: «¡Ay, sensualidad, y cómo nos traspasa de anhelos de infinitud!» (Págo. 943).

Miró, como don Magín, va dejando a lo largo de todas sus obras una especie de bellísima sinfonía de olores, de la que es fácil ofrecer ejemplos, hasta tal punto abundan en casi todas las páginas. Casi cabría decir que en esa técnica mironiana de apoyarse en una sensación para llegar a otras—semejante, en cierto modo, a la de Proust, con la diferencia de que en éste todo suele transcurrir en un plano psicológico, aunque se llegue a él desde lo sensorial: v. gr., el sabor de una magdalena mojada en té—; en ese mecanismo casi cabría decir que la apoyatura sensorial más empleada por Miró para conquistar nuevas sensaciones, es la olfativa. Más que por color o que por el sonido, Miró percibe un ambiente por sus peculiares olores. Sobre ese incorpóreo andamiaje olfativo el artista construye complejos ambientes¹⁹.

En *El abuelo del rey* se lee:

